



Juan Ignacio Zavala

Año nuevo

En estas fechas resulta casi inevitable comentar sobre el año que se va y el que viene. Desde pequeños nos dicen que hay que reflexionar sobre lo que hicimos en este año y lo que debemos hacer para el siguiente.

En lo personal, crecí con una confusión entre los deseos de año nuevo que se supone que tenías que realizar mientras te metías un montón de uvas a la boca y los llamados propósitos de año nuevo. Por supuesto que cuando uno es pequeño únicamente se enfoca en los deseos. Son tantos 12 deseos que creo que nunca pude formularlos todos. A la fecha sigo sin poder hacerlo, aunque tenga la boca llena de uvas y de angustia porque se acaba el minuto y no he termi-

Los propósitos los tiene que hacer uno y no pedirlos. Es aquí cuando comienzan los problemas. Somos un país en el que una de nuestras más queridas y respetadas tradiciones es, precisamente, pedir

nado con mis deseos, mientras veo las caras de satisfacción de algunos comensales. No puedo dejar de pensar que esa gente que se mete pausadamente uva por uva, eleva la mirada y esboza una sonrisa, tiene algo planeado mientras formula lo que

va a hacer: Tomaré un curso de enología para saber mucho de vinos porque lo de dejar de fumar ya no pude, así que mejor me busco una cosa en la que aprenda y no una que me limite; este año sí trabajaré mucho para llegar tarde a la casa y no ver a mi esposa; necesito un amante. Este año me consigo un amante, estoy harta de este maldito gordo que nada más de verlo me siento humillada; pediré una lana más por esos contratos, a ver cuánto puedo sacar... Voy a hacer ejercicio, la vecina se puso bien en poco tiempo y no puede ser que yo siga así desbordándome como foca.

El problema es cuando le entramos a los propósitos. Se supone que en este punto uno no debe ser superficial y andar pidiendo cosas insensatas. Al contrario, los propósitos los tiene que hacer uno y no pedirlos. Es aquí cuando comienzan los problemas. Somos un país en el que una de nuestras más queridas

y respetadas tradiciones es, precisamente, pedir. Así que cuando lo obligan a uno a formularse una serie de retos a cumplir en un año, uno siente que le quieren hacer algo, como si le quisieran cambiar de religión o lo fueran a demandar. ¿Por qué me tengo que poner metas? Y peor aún: por qué las tengo que cumplir. La verdad es que nadie nos explica a cabalidad los beneficios que se pueden obtener si hacemos los propósitos y los cumplimos. Entonces cuando crecemos salimos del espanto al darnos cuenta de que nadie nos exige cuentas de lo que nos planteamos y que lo de año nuevo es un trámite, nos sentimos aliviados. Y es a partir de ese momento en que comenzamos a darnos cuenta de cómo es el mundo y vemos que todos se abrazan y se dicen cosas bonitas sin importar cómo les ha ido, y mucho menos cómo les irá, y que lo que importa es decir salud y feliz año nuevo y que te vaya muy bien; y cuando te acercas a alguien y le preguntas su deseo o propósito —a esas alturas de la fiesta da igual— 90 por ciento te contesta que sacarse la lotería.

Feliz año a todos los lectores. ■ M

juanignacio.zavala@cen.pan.org.mx

